

Programa de Maestros Comunitarios Alfabetización en Hogares

Leticia Folgar | Lic. en Ciencias Antropológicas. Asistente Técnico de la Coordinación del Programa de Maestros Comunitarios.
Mary Migliaccio | Maestra Comunitaria. Río Branco. Dpto. de Cerro Largo.

La opción de posicionarse en lo educativo frente al otro como un sujeto de posibilidades y no de carencias implica trabajar desde la confianza para reconstituir confianza, implica ir descubriendo y generando otros sentidos en los actores involucrados y, por ende, en las instituciones.

En ese sentido, recomponer las relaciones de las escuelas con la familias, restituir el deseo de aprender, enriquecer los modos de relacionamiento con el tiempo y el espacio, poder plantear los diferentes saberes como otra manera de acceso a lo cultural y a las posibilidades de aprendizaje, es reconstruir redes de posibilidad que parten de las instituciones educativas, pero que al mismo tiempo las trascienden.

La sistematización cuidadosa y atenta que, a través de esta bitácora, nos presenta Mary Migliaccio, Maestra Comunitaria que nos acompaña en la implementación del Programa desde hace ya varios años, encierra la gran riqueza de dar cuenta, a través de un caso de trabajo en un hogar, de la línea de acción que caracteriza a Maestros Comunitarios y que se ha convertido en uno de sus más fundamentales rasgos de identidad.

El recorrido que Mary nos ofrece al compartir con generosidad esta bitácora de los encuentros con Valentín y su mamá, da cuenta de una metodología de trabajo que, trascendiendo las estrategias pedagógicas, involucra una actitud del maestro que en un escenario diferente al aula debe apelar a los mismos conocimientos y posicionamientos profesionales que le permiten enseñar más allá del lugar en el que se encuentre.

El contrapunto con el adulto referente del niño es una dimensión fundamental del trabajo de alfabetización en los hogares, se trata de aceptar el desafío como educadores de encontrarnos con un otro, un otro que ocupa un lugar clave en la vida del niño y con el que es preciso establecer un vínculo significativo que permita ir instalando un lugar para lo educativo en el hogar. Ese lugar, en muchos casos comienza por ser el espacio físico para poner en tarea al niño y ese adulto en relación a la propuesta de la escuela: una mesa improvisada, una silla o algo que oficie de banquito para que en algún rincón de la casa puedan hacerse las tareas que desde la escuela se proponen. Ese lugar para lo educativo que comienza por instalarse desde el espacio físico es, sin embargo, mucho más que esto; con la materialización de ese espacio van apareciendo la posibilidad y el deseo de aprender en el niño, la posibilidad de acompañar y ayudar a su hijo en el adulto referente y la posibilidad de enseñar en el maestro.

El recorrido que propone Mary sobre aspectos clave de la serie de encuentros que implicó el trabajo de Alfabetización en Hogares con Valentín y su mamá, nos muestra cómo estas posibilidades no pueden desarrollarse en forma separada o independiente, sino que es la posibilidad experimentada por uno la que habilita la posibilidad del otro.

El proceso de desarrollo de esta línea de trabajo nos ha demostrado como no basta que el maestro enuncie la posibilidad del niño, es



preciso que el mismo esté convencido y plantee su trabajo desde la posibilidad de ese niño y el adulto a cargo del mismo.

Esto desafía a los maestros a dejar de lado algunos presupuestos en relación a las familias y el valor que para las mismas asume la escuela, y animarse a intentar, del mismo modo que desafía a las familias a desarmar preconceptos en relación a la escuela y “hacerle un espacio”.

El proceso reconstruido es un proceso de encuentros y desencuentros, en el que cada parte, como bien da cuenta la bitácora a continuación, deberá poder dejar de lado lo que no aporta al objetivo buscado y tendrá que poner manos a la obra con lo que el otro intenta -desde su circunstancia- poner en juego para el encuentro.

Esta bitácora nos permite reconstruir los pequeños gestos, acciones y decisiones que un Maestro Comunitario va desplegando en su práctica para promover la construcción y consolidación de esa “otra forma de hacer escuela” que propone el Programa de Maestros Comunitarios. La misma implica instalar formas de hacer en la escuela más allá de las particularidades de los niños, sus familias y las circunstancias socioeconómicas en las que los mismos se encuentren: trabajar en alianza pedagógica con las familias, asumir como punto de partida que todo niño es un sujeto de posibilidades, que los docentes son profesionales capaces de mirar sus prácticas para transformarlas, apostando a garantizar la educación de calidad como un derecho de todos los niños.

Los encuentros con Valentín y su mamá

Valentín fue seleccionado para ser incluido en el P.M.C., tiene siete años, es repetidor, es típico en él llegar tarde a la escuela. Vive con su mamá, la hermana mayor que concurre a 1^{er} año de secundaria y el hermano menor que acaba de cumplir un año. Apenas tiene contacto con su padre biológico. En el aula se muestra indiferente a las propuestas, no le gusta participar en clase, se molesta cuando se le llama la atención; sin embargo es muy aceptado por sus compañeros, fundamentalmente los varones. Será bueno incluirlo en la línea de Alfabetización en Hogares; según el niño, la mamá no entiende las tareas de la escuela y por eso no lo puede ayudar a “hacer los deberes”.

Como yo trabajo como maestra común en el turno matutino, me voy a la portera de la escuela para vigilar la salida de los niños. No me costó ubicar a la mamá de Valentín, ella es de esas madres que siempre llegan al portón de la escuela, espera y acompaña a su hijo cuando este finaliza el comedor. Por otra parte, yo trabajé con esta “familia” hace tres años, cuando la hermana mayor fue derivada a la línea de Integración del P.M.C.

Como soy la maestra de clase, fácilmente me dirigí hacia ella y le pregunté en qué momento sería posible realizar una visita en el hogar, para mantenerla al tanto del desempeño de Valentín.

Ella me miró y me dijo: “Vaya hoy si usted quiere, maestra”, y se fue caminando con su hijo.

Encuentro Nº 1

Concurro al hogar, el domicilio no es el mismo que el de hace tres años. La mamá me hace pasar. En las paredes y en los muebles muy humildes había fotos de sus hijos en molduras de fabricación artesanal y con materiales reciclados. En una mesita había manualidades de años anteriores, la mayoría evocando el Día de la Madre. Ella me dice: “Vio, maestra, nos mudamos, pero el ‘Tin’ extraña, se quiere ir para campaña con las primas, no quiere saber de leer, no sé qué pasa en la escuela”.

En estos primeros momentos de diálogo, la mamá, a su manera, me había puesto al tanto de la dificultad de su hijo, en cierto modo coincidente con algunas de las dificultades detectadas en el aula.

Pese al tono de crítica hacia la escuela, rescato la potencialidad del comentario, ya que tuvo la capacidad y la visión de focalizar en el problema de aprendizaje del niño.

Esto me dio pie para poner sobre la mesa mis consideraciones como maestra de aula, y proponerme a mí misma, un análisis más real de la situación. Se me ocurrió, entonces, plantear con total sinceridad el panorama del niño en la escuela y tratar de convencer a esta mamá para reflexionar juntas sobre acciones que pudieran ir en beneficio del niño, cada una desde nuestro rol.

En cierto momento, la mamá dice: “Yo ya empecé a escribir en manuscrita con el ‘Tin’”.

Ante este comentario, mi reflexión es: “Tengo que valorar esta actitud; a su manera, ella busca una transformación. Por supuesto que yo debo intervenir desde mi profesión, pero no debo dejar de reconocer que esta mamá dio el primer paso hacia la superación de su hijo”.

Nos despedimos, me fui pensando y se me vinieron a la cabeza posibles tareas, contenidos que pudieran ser interesantes, me propuse fortalecer a esta mamá, para que pudiera incidir positivamente en el aprendizaje de su hijo.

Encuentro Nº 2

Cuando llego a la portera, golpeo las manos, la madre sale a la puerta y me dice en un tono fuerte: “Pase, maestra, que la estamos esperando”.

Al entrar, observo que la mochila, el cuaderno de clase y la cartuchera están encima de la mesa. Ubicados a su alrededor están Valentín y su hermana mayor.

De mi mochila saco un silabario con imágenes, lo coloco sobre de la mesa y espero algún comentario.

El niño mira y toca las imágenes con entusiasmo, la madre mira, permanece en silencio, unos tres minutos. Yo propongo pensar entre todos, reglas para usar el silabario.

El niño la mira y le dice, “Ma, me duele la muela”.

La niña mayor se ofrece para realizar la tarea junto a ellos. La madre dice: “Tenés que armar palabras”, “Jessica, las escribís que después ‘Tin’ las lee y las escribe en manuscrita”.

Después de unos minutos juegan con entusiasmo.

Antes de irme hablamos de lo importante que es disponer de un tiempo para leer, escribir y que, además, podemos aprender jugando. Lo importante es compartir y dialogar para comunicar a los demás lo que no comprendemos y también lo que pudimos aprender.

Acordamos construir un juego con imágenes de animales; la tarea para la familia sería buscar dichas imágenes. Con ayuda del silabario construiríamos las palabras.

Encuentro Nº 3

La mamá sale a mi encuentro y observo que la niña mayor está recortando imágenes de animales, Valentín escribe nombres en tarjetitas de colores.

La mamá se adelanta y en tono imperativo me dice: “Maestra, no nos dio el tiempo para recortar las imágenes como usted pidió”, a lo que agregué: “Lo que acordamos fue lo siguiente: la familia buscaría imágenes de animales y yo vendría a tu casa en el horario combinado”. La madre me mira y se ríe, se sienta en la cabecera de la mesa y se dirige a Valentín de la siguiente manera: “Dale, ‘Tin’, lee la palabras”.

El niño comienza a deletrear, yo intervengo: “¿que te parece si le dejas usar el silabario?, le puede ayudar a construir las palabras”.

La madre me mira y me dice: “Usted es la que sabe, maestra”. En el tono de voz empleado por la mamá descubro que mis palabras la habían afectado; aunque trataba de hacer lo posible para disimularlo, yo me di cuenta. No era mi intención, pero sentí como si le hubiera herido su orgullo. (Cuántas veces habré hecho esto en mi función docente sin enterarme jamás).

Foto: Concurso Fotográfico QE / Karen Ferreira



En cierto momento, la hermana mayor espontáneamente se pone a jugar con Valentín, la madre dice: “No, el que tiene que buscar es él”.

A esta altura se respiraba una gran tensión, lo que se me ocurrió fue decir: “Esta actividad que se nos ocurrió es una de otras tantas que podemos imaginar. ¿Qué les parece?”

La madre dice: “Y sí, maestra, se hace lo que se puede”. Le dije que valoraba mucho su dedicación, que me sentía muy cómoda trabajando en este hogar justamente por la importancia que daban a cada uno de los encuentros. Me pareció oportuno hablar de los progresos de Valentín en la clase, está más seguro, tiene una actitud más confiada, lo cual generó un impacto positivo en su aprendizaje. Cuando le dije esto, la sentí más tranquila, me quedó claro que esta madre quería que su hijo tuviera un buen concepto dentro del aula, más allá del proceso simultáneo de aprendizaje en el hogar.

Le dije: “Lo que hacemos acá también es la escuela de tu hijo”.

Encuentro Nº 4

Ese día llego en el horario combinado, me encuentro con que junto a la mesa estaban, además de Valentín, la hermana mayor y el hermanito. Saco un libro de cuento (*Una Pindó*), al comienzo estaba todo “bárbaro”, Valentín observa las imágenes, insisto en que nos cuente lo que ve y que desarrolle estrategias para realizar alguna anticipación sobre el contenido.

Luego de unos minutos, “el orden desaparece”. El “hermanito” empieza a querer tocar todo. La madre se muestra sumamente incómoda. Como el cuento que llevé trataba de animales, se me ocurrió preguntar: “¿Acá tienen otros animales?”; entonces me hacen levantar de la mesa, me llevan al fondo y me muestran a una cerda “enorme”, atada con una cadena, estaba echada dando de mamar a su cría. Nos quedamos mirando, Valentín me contaba detalles sobre el parto, muy entusiasmado.

De regreso a la mesa acordamos en hacer adivinanzas sobre animales.

La mamá se sienta al lado de Valentín, el niño tiene cierta dificultad en comenzar.

La mamá insiste: “Tenés que hacer en manuscrita”, el niño se vuelve a equivocar, la goma no aparece, la madre pregunta un poco nerviosa: “¿Quién tiene la goma?”. Inmediatamente aparece. Mira nuevamente y le dice: “Así no va”.

Yo intervengo: “Lo importante es comprender lo que el niño escribe, independientemente del tipo de letra que use. Es el criterio que manejo en clase, es importante que lo sepas”. Ella responde: “Sí, maestra, él tiene la mano dura y se le hace difícil”. El hermanito me hace señas para que le muestre el cuento, la madre le dice enojada: “Sos metido, gurí”; le explico que el material es para compartir, si bien tenemos que enfocar nuestro trabajo con Valentín, nada impide que se puedan realizar actividades en familia, como leer y jugar.

Retomamos la producción escrita, le propongo a la mamá: “Quiero mirarlos trabajar juntos”. Mi objetivo era poder realizar algún aporte o sugerencia posterior a la observación.

A Valentín ya no le cuesta tanto pero, para mi desilusión, en cierto momento de la producción, la mamá le dice: “¿A vos la maestra no te enseña a hacer la letra?” El niño le responde: “No la hace como vos la hacés”. “Que raro”, responde la madre con cierto tono irónico.

Al fin, el niño escribe EL LORO, la madre le dice: “Ahora escribí ES UNA MASCOTA”. “¿Pegado?”, pregunta el niño.

La mamá le contesta: “¡No!”, y deletrea para que el niño escriba.

Pasado el tiempo acordado, le explico que es normal que los niños tengan dudas cuando empiezan a leer o escribir, y que la actitud del niño es muy inteligente al realizar determinadas preguntas para sacarse las dudas. “Tenemos que ponernos en el lugar de Valentín”, a lo que agregó: “Sería muy bueno hacer memoria sobre nosotras, niñas en la escuela, ¿no te parece?”.

También valoré lo positivo de su actitud en cuanto a desear la superación de su hijo, de respetar acuerdos, horarios, “esto es muy positivo y un buen ejemplo”.

Comenté además que los progresos del niño, por pequeños que puedan parecer, se los debemos reconocer. Hablamos sobre la importancia del estímulo en las personas, para obtener mejores logros.

Encuentro Nº 5

Después de saludarnos y acomodarnos en nuestros lugares, le propongo de entrada: “Esta vez vas a trabajar 10 minutos con Valentín en escritura”. Se lo digo en tono de broma, pero es cierto, quiero observar a la mamá trabajando con el niño.

La actitud de la madre es de quien acepta un desafío, se revela algo tímida, pero en instantes toma la iniciativa y me pregunta: “¿Puede ser sobre el mundial, maestra?”. “Sobre lo que ustedes quieran”, digo yo.

La madre mira al niño y le dice: “Bueno, entonces dibujá una cancha”. El niño comienza su dibujo, enseguida su mamá lo interrumpe, “no hagas tan chiquitos los dibujos, se tiene que ver, hacé una pelota por acá”.

Cuando el niño finaliza, la madre le dice: “Bueno, ahora dibujamos los muñequitos, son los uruguayos”.

“Bueno, ahora tenés que escribir lo que hiciste.” “¿El nombre de los jugadores?”, pregunta Valentín. “No”, dice

la madre. “Tenés que escribir lo que hiciste, vos sabés, tiene que ser en el renglón.”

El semblante de la madre es atento, el niño obedece sus instrucciones.

Cuando finaliza el tiempo pautado, le sugiero a la mamá que en este tipo de tareas podemos escuchar más a Valentín, explicarle el porqué de las actividades, permitirle expresarse.

“Cuando él te propuso escribir el nombre de los jugadores del equipo uruguayo hubiera sido bueno dejarlo hacer eso, él manifestó su deseo de hacerlo; por otra parte estabas trabajando dentro de la escritura, el conocimiento de las mayúsculas, su correcto trazado, podríamos hacer la lectura del nombre y apellido de cada uno de los jugadores y tal vez hacer una maqueta.”

No todas las tareas que emprendimos en el hogar comenzaron y finalizaron el mismo día. Los encuentros tenían una frecuencia semanal, al comienzo trabajamos en propuestas concretas: con el silabario jugamos a formar nombres, recreamos historias, leímos y comentamos cuentos, realizamos y analizamos producciones sobre el mundial, pero lo que definió el proyecto de trabajo fueron las instancias de diálogo al finalizar los encuentros. “¿Qué tal si hacemos un álbum de la familia, maestra?”, dijo la mamá tomando la iniciativa. “¿Qué bueno, podrían pensar con Valentín! Anoten ideas en un papel borrador, nos vemos la semana que viene.”

Encuentro Nº 6

Estaba lloviznando, insistí en golpear las manos desde la portera; como no me escuchaban, entré y golpeé la puerta. “Se vino con este día nomás, maestra”, me dijo la mamá mientras abría la puerta. Le respondo: “Acá estoy”.

“Aguánteme un cachito que ya ‘Tin’ se levanta”, y sale apresurada para la otra pieza: “Che, dale”. En instantes, el niño estaba a mi lado y me dijo: “¿Sabés que te escuché, maestra, te escuché la voz!”. Este comentario me emocionó y al mismo tiempo supuse que mientras dialogaba con la mamá el niño se estaba levantando.

Después la madre me muestra un papel con ideas sobre cómo armar el álbum. Le pregunto: “¿Ya seleccionaron los fotos?”.

La madre me contesta: “¡Mire las que encontramos!”, mostrándome una caja repleta.

En esta instancia pude valorar un mayor grado de vinculación y compromiso, ya que las propuestas fueron pensadas por ellos; se notaba el diálogo entre madre e hijo.

“Bueno, ¿cuál será la primera foto del álbum?”

Valentín elige una foto en la que se encuentra solo. “Me gusta esta porque ‘estoy de mi cuadro de fútbol’ y con las ‘chuteiras’ (champions de fútbol).”

Continúan seleccionando y comentando algo de cada foto, asociándolas con momentos vividos, recordando y reconstruyendo la propia historia de la familia.

Me di cuenta entonces de que había llegado a esta madre que ahora se manifestaba abiertamente, daba su opinión.

Desde el principio yo tuve la percepción de que ella deseaba la superación de su hijo en los sucesivos encuentros, ella reconoció que no se sentía totalmente cómoda, tenía miedo de hacer algo mal.

Encuentro Nº 7

Trabajamos con la escritura de episodios o sentimientos relacionados con las fotografías.

Me agrada mucho la tarea, creo que mi entusiasmo también los contagia.

La madre por momentos se pone ansiosa. “¡Lee lo que escribís! ¿Por qué te apuras tanto?”

El niño le responde: “Si hago bien la letra, quedo lento y el año pasado la maestra me dejó repetidor porque era lento y no terminaba los deberes”.

“Bueno, la letra se puede corregir.” Miro a la madre y le digo que todo lleva su tiempo. Es fundamental que aprendan a leer y a escribir, los adultos tenemos la responsabilidad, desde el lugar que nos corresponde, de realizar acciones para lograrlo, sin presionar al niño. Valentín tiene que sentirse feliz y motivado a hacerlo.

La revelación que el niño hizo de “su miedo a quedar lento”, me hizo pensar en estos niños... a veces te miran, y solo te miran. Pienso: ¿qué sienten?, ¿qué piensan?, ¿por qué no me responden?, ¿tendrán miedo?, ¿qué los aflige? Después de trabajar como maestra comunitaria comprendo que son muy vulnerables a los comentarios o a la postura que adoptemos frente a ellos, los marca profundamente y se van con esa marca a su hogar.



Ya vamos en casi en dos meses de trabajo, la evaluación que puedo hacer es positiva, si pienso en los objetivos propuestos al incluir a Valentín en el programa.

El impacto más importante, más allá de los logros académicos, está en el florecimiento de la autoestima del niño. Él sabe que es capaz, no por una cuestión de que los adultos se lo digamos; siento que él lo “vive” como una sensación que le da más seguridad a la hora de expresarse y de relacionarse con sus compañeros.

Con respecto a la mamá, de hecho la repetición por la que pasaba su hijo repercutió en ella como una especie de castigo, también su autoestima había sido perjudicada. Apoyarla en este sentido significó instancias de diálogo con argumentaciones de mi parte, por ejemplo: “El hecho de repetir, para mí significa una oportunidad que la escuela le proporciona al niño para que madure”.

Analizar cada uno de los encuentros y realizar este relato de encuentros me hicieron pensar particularmente en esta familia, en este niño, pero también se cruzaron otros “casos” por mi mente.

Una vez más, el trabajo como maestra comunitaria me fortaleció en el sentido de buscar cómo actuar con más conciencia y realismo en mi profesión. 